

Reseñas

Julio Retamal Favereau. *Y después de occidente, ¿qué?* Quinta edición, Editorial Andrés Bello, Santiago, julio de 2004.

Benjamín Toro Icaza*

El autor de la mencionada obra argumenta que su libro es producto de un malestar visceral difícil de comprender, aunque gran parte de la argumentación presente en su libro también lo es. En realidad, siguiendo sus premisas, Retamal manifiesta su decepción del mundo actual al ser testigo de cómo el mundo occidental ha abandonado un elemento fundamental: "la búsqueda de la Verdad". Dicho abandono partiría con la desintegración de una "Verdad" establecida durante la Edad Media europea, período que el autor denomina la "Epoca de la Unidad de la Verdad". Cabe señalar que Retamal tiende a representar al occidente no como una, sino como la cultura más fecunda que se haya conocido, por el carácter nunca igualado de sus valores; pese a que el autor parece ignorar las obvias falencias de argumentos absolutos dentro de la historia, sobre todo para defender una postura de naturaleza tan radical.

No obstante, Retamal se esfuerza en proponer que el objetivo de su obra es intentar salvar a occidente, luchando por su "Verdad", principios, cultura y modo de vida. Para cumplir con dicha meta, se propone realizar un estudio de la evolución del pensamiento y cultura occidental. De este modo, su obra plantea un análisis de la cultura occidental a partir de un escrito de carácter divulgativo general y no del "escrutinio científico" para evitar cualquier erudición "vetusta" o de "academismo farragoso". Dicha actitud, no obstante como veremos, será una de las principales falencias a lo largo de su obra, sobre todo si tomamos en cuenta que Retamal se cree capacitado para demoler "esquemas consagrados", amparándose en la actitud revisionista que siempre ha tenido la historia. Si bien no es posible presentar, por razones de extensión, una visión panorámica de toda esta obra, es necesario hacer notar ciertos puntos señalados por su autor que dejan en evidencia la falta de sustento de gran parte de este libro, y que se presentan en esta reseña.

Para empezar, el análisis metodológico de Retamal sigue un derrotero un tanto cuestionable, al caer constantemente en ciertos vicios propios de nuestro medio historiográfico: escribir un libro autocalificado como "apasionado y vehemente" —haciéndose un homenaje a su propia personalidad— que se atreva a hablar con "franqueza", pese al supuesto terror existente en la actualidad, contra cualquier expresión de principios absolutos como los que el autor trata de defender a lo largo de su obra. Cabe señalar que pese a la conciencia de que una objetividad absoluta en la historia es prácticamente inexistente —como lo reconoce el propio autor— Retamal cree encontrarse capacitado para discernir "objetivamente" dónde está el error dentro de ella.

Quizás ello explique por qué el autor hace relucir en este libro una visión sumamente recalitrante en lo que respecta a la defensa del conservadurismo más extremo de la Iglesia Católica, atacando todo aquello que implique el reemplazo del dios trascendente, personal y creador que represente la postura religiosa del autor. Sin embargo, Retamal se defiende diciendo que esta visión no es ser "oscurantista, fanático o integrista decadente", puesto que tiende a considerar a otros que defienden la "democracia" o los "derechos humanos" como los verdaderos "integristas". Al parecer, a lo largo de la obra se respira la visión que no compartir las creencias del autor parece ser sinónimo de "pereza intelectual" o de ser "pusilánime", donde los que yerran por el camino son los otros; no él.

La introducción de la obra de Retamal parte con un análisis de términos generales sobre la cultura, la historia, su periodificación y visiones cíclicas. Sin perjuicio de compartir o no las apreciaciones del autor, las partes más débiles y cuestionables guardan relación con la creencia de Retamal en considerar que sólo la cultura occidental es merecedora de calificarse como la mejor en términos de creatividad espiritual gracias al cristianismo. Una postura bastante controvertida si consideramos que, para llegar a afirmar dicha premisa, se debe tener un vasto conocimiento sobre otras culturas con el fin de establecer

* Profesor de Historia Universal Antigua en la Universidad de Concepción.

criterios comparativos, lo cual dista bastante de ser visto en el libro reseñado, donde Retamal hace gala de un tremendo desconocimiento sobre otras culturas, incluso mucho más espirituales de lo que ha sido el mundo cristiano desde sus orígenes hasta nuestros días.

Ejemplo de lo anterior se observa en que Retamal llega a denominar erróneamente como "mahometanos" a los seguidores del islam, en circunstancias concretas que dicho término es inexistente en dicha religión, cuyos seguidores deben ser conocidos como "musulmanes" y seguidores de Al-láh, no del profeta Muhammad. Además, el autor llega a sostener que sólo la cultura occidental, y particularmente cristiana, ha sido la única capaz de englobar toda la historia bajo principios universalistas; en contraste con la inexistencia o "la pobreza" de dicha concepción en otras culturas de oriente, África y América. Para quien conoce los aportes de figuras intelectuales árabes como Ibn Jaldún y Sa'id Al-Andalusí, los argumentos de Retamal no tendrían base. Cabe señalar que la obra del último autor árabe -Kitab Tabaqat al-Umam, escrita en el siglo XI- presenta la situación y expansión de la ciencia entre los diferentes pueblos existentes desde la antigüedad hasta los días del autor, ofreciendo al mismo tiempo una historia cultural de diferentes pueblos, en lo que respecta a sus gobiernos, posición geográfica, costumbres y religiones. Por otra parte, Ibn Jaldún escribió la Muqaddina -traducido al español precisamente como "Introducción a la Historia Universal"- donde se presenta la primera teoría del desarrollo histórico que considera los numerosos factores que influyen en los acontecimientos históricos: realidades físicas ineludibles del clima, la geografía, la economía, las fuerzas morales y espirituales que norman el destino de los hombres. Con ello, Ibn Jaldún, en el siglo XIV, trató de fijar leyes y explicaciones racionales sobre el auge y la declinación de las civilizaciones, sentando una norma de erudición que habría de ser parte del gran legado del islam a la cultura de occidente. En vista de lo anterior, cabría preguntarnos si esto reflejaría "pobres esquemas" sobre la visión universal de la historia, o si, nuevamente, Retamal sólo puede sostener dicha postura a partir de su desconocimiento sobre la concepción de historia de otras culturas radicalmente diferentes a la occidental. Además, la noción universalista, en contra de lo que señala Retamal, es de herencia mesopotámica, en el mayor de los casos, y griega en el menor de ellos; siendo la visión cristiana un producto bastante tardío y restringido, mayoritariamente, al "mundo" conocido de su época, esto es, el mundo mediterráneo del siglo I y II de nuestra era.

Salvando estas incongruencias, el libro introduce al lector en los orígenes de la cultura occidental a partir de tres ámbitos diferenciados en espacio, tiempo y espíritu. El primero de ellos es denominado "Catolicismo". Un término cuestionable por cuanto sería más apropiado definir dicha fuente de la cultura occidental como "Cristianismo", y no como "Catolicismo". En efecto, la evidencia histórica nos muestra que la llamada "Iglesia de Cristo" no constituyó en sus orígenes un movimiento homogéneo ni universal, tal como lo define este término. En realidad, el modelo histórico defendido por Retamal según el cual la doctrina "católica", en sus comienzos, era la pura y "verdadera" no se ajusta a la realidad histórica. Tal modelo no puede ser verídico de ninguna manera si consideramos que el cristianismo en sus orígenes distaba de ser homogéneo, universal y "católico"; existía sólo un conjunto de creencias y principios no muy bien tratados, por cuanto los primeros cristianos -no los primeros "católicos"- incorporaron distintas tradiciones y formas a su creencia. Bajo esta perspectiva, en los orígenes de esta fe no existió ni una doctrina "pura" en el sentido actual protestante, ni menos una iglesia "católica" que terminara forjando la cultura occidental. Más bien era una secta judía que había extraído del judaísmo la mayor parte de sus principios morales y que, incluso en el siglo III, carecía de unidad, por cuanto las diferentes comunidades cristianas no disponían de una verdadera vinculación legal ni unificación doctrinal, con objeto de poder discriminar quién era un "verdadero creyente" y quien no. En dicho sentido, las herejías existieron en oriente y occidente; no sólo en oriente como lo señala Retamal.

Por otra parte, el autor sostiene que un rasgo particular del cristianismo, a diferencia de otros cultos de la antigüedad, es que nadie nacía cristiano, sino que se ingresaba mediante diferentes etapas sucesivas de iniciación. No obstante, Retamal desconoce el hecho de que el cristianismo fue una entre varias religiones místicas provenientes del oriente, las cuales mantenían el mismo procedimiento para atraer conversos a sus filas. Tampoco el principio de Cristo -"Yo soy la Vía, la Verdad y la Vida"- sostenido por Retamal como programa: "la Vía significa el camino de la salvación; la Verdad, la doctrina neces-

ria p
com
apre
grieg
cultu
vulg.
tigue
dió a
I
mitié
mos
mos
cuam
de de
te pr
inter
to sol
una h
tamal
ra sus
palme
ciuda
se tier
terior,
de, ne
sostie
1-10).
gelios
Cc
tianisr
que ta
mo pa
argum
de y al
sionen
rara ve
curren
condic
cristia
sica, d
Po:
los pu
concep
unidad
la repr
Nu
namisr
dental;
pos inr
seo de
cado m

ria para la salvación, y la Vida, la conducta que se debe llevar para tal salvación”, no es original, sino común al de muchos cultos orientales de la época y contemporáneos al cristianismo. Más absurda es la apreciación del autor sobre la relevancia de la lengua griega y latina en la expansión del cristianismo. El griego usado por los primeros cristianos en sus escritos, el koiné, definido por Retamal como “lengua culta de elite occidental”, era, en realidad, el griego conocido como koiné dialektos, es decir, el griego vulgar o lengua corriente usado principalmente en el comercio dentro del Mediterráneo oriental, el Antiguo Próximo Oriente y el norte de África. Por lo tanto, el ámbito internacional de dicha lengua respondió a su uso como lengua franca en ámbitos más bien terrenales antes que espirituales.

Igual caso ocurre con el latín, definido por Retamal como “lengua clásica e inmutable” y que permitió elaborar los futuros dogmas del cristianismo al carecer de ambigüedades. Para empezar, podríamos cuestionar si el latín, o cualquier lengua, tienen el carácter de “inmutable”. En lo personal, pensamos que los lingüistas discreparían. Además, el autor la considera como “lengua ligada a Cristo” por cuanto “...no cabe duda de que el latín había sido empleado en la época de Cristo en Palestina y que puede deducirse de los Evangelios que Cristo lo comprendía. (¿Imagina alguien a Poncio Pilatos, arrogante procurador romano, utilizando el áspero arameo en su interrogatorio a Cristo? Por cierto que no, el interrogatorio fue hecho en latín. Y hay otras instancias del uso de latín en torno a Cristo: el letrado puesto sobre la cruz estaba en tres idiomas, incluyendo el latín; el centurión romano a quien Jesús mejoró una hija, etc.).” En realidad, en este pasaje queda graficada cierta ingenuidad y falta de erudición de Retamal sobre el contexto geográfico y temporal del Jesús histórico, lo cual constituye una falta grave para sustentar las propias teorías del autor: en la Palestina de la época se hablaba arameo y hebreo, principalmente entre la población aborigen; el griego era usado como lengua comercial, especialmente en las ciudades establecidas en el periodo helenístico y cuya difusión varió de época en época. Por lo menos se tiene cierta seguridad que la Galilea de la época de Jesús estaba muy poco helenizada. Unido a lo anterior, el latín tuvo escasa o nula difusión, quedando restringida al aparato administrativo romano, donde, no obstante, se prefería el griego como lengua internacional. Además, en los Evangelios jamás se sostiene que Jesús sanara a la hija de un centurión romano; sino a un simple criado (Mt 8. 5-13 y Lc 7. 1-10). Por último, hasta donde ha llegado la alta crítica literaria e histórica bíblica, ninguno de los Evangelios puede ser utilizado o entendido en forma tan literaria dentro de un análisis histórico.

Continuando con las mismas ideas cuestionables, Retamal llega a sostener que el catolicismo —o cristianismo, como creemos— se caracterizó por valorar al ser humano como persona —idea, dicho de paso, que también ha sido común en otras religiones anteriores y posteriores— pese a que careció de pluralismo para convivir con otras religiones de su época y negarse a claudicar ante ellas. De allí que el autor argumente que el catolicismo fue “nunca dialogante, ecuménico ni aperturista”, sino “obstinado, humilde y abierto a la conversión incondicional a Cristo”, por lo que tuvo “mártires, neófitos, conversos y misioneros”, conquistando al mundo al final. En realidad, la historia nos demuestra que el catolicismo fue rara vez “humilde” sino soberbio, intolerante, fanático y llegando incluso a la criminalidad en forma recurrente para posesionar un lugar en el mundo más terrenal que espiritual, y no siempre “por el amor incondicional a Cristo”. Reflejo de ello podemos ver en la época patristica donde la imposición de la fe cristiana pudo lograrse más por el poder coercitivo que el de su espiritualidad para atacar la cultura clásica, destruir a otros cultos, iniciar las primeras persecuciones contra judíos y libre pensadores, etc.

Posteriormente, el autor busca las restantes raíces de nuestra cultura en la tradición grecorromana y los pueblos germanos. La primera de ellas nos habría entregado la capacidad de cuestionar todo, y el concepto del “ideal de sabio” que se replantea los problemas todo el tiempo. Junto con ello, estaría la unidad política heredada de la Pax romana y ciertas ideas sobre arte clásico que habrían influenciado en la representación de Jesús, según lo evidenciaría, de acuerdo a Retamal, el Santo Sudario de Turín (?).

Nuevamente nos encontramos con ideas carentes de base histórica: ni el “ideal de sabio”, ni el “dinamismo cultural”, y menos el “espíritu crítico” son herencia griega, romana, cristiana, católica u occidental; es una herencia universal que siempre ha existido dentro de la naturaleza humana, desde tiempos inmemoriales hasta nuestra época. De no haber existido dicha insatisfacción sobre las cosas, y el deseo de saber más a costa de cuestionar lo antiguo, es factible que la evolución humana no hubiera abarcado más allá del Tigris y el Eufrates. Por otra parte, el concepto de universalismo no surgió en Roma,

sino que fue la política común de muchos imperios de la antigüedad, herencia que, por supuesto, fue solamente adoptada por Roma durante la época imperial. Finalmente, Retamal menciona de pasada la influencia que el mundo germano habría aportado a la cultura occidental, destacando el carácter práctico en las formas jurídicas, políticas/sociales y económicas, además del "ideal de héroe", "sentido del honor" y "espíritu aventurero". Ideas que, insistimos, siguen siendo muy vagas y elementales para definir la parte esencial de las contribuciones de un pueblo a nuestra cultura.

Teniendo en cuenta este contenido, Retamal señala que entre los siglos IV al VIII se mezclaron estas tres grandes influencias que terminarían forjando la futura cultura occidental. Allí se procedió a mezclar la Fe cristiana con la Razón grecorromana para concebir la idea de la "Verdad", cuya búsqueda marcaría la suprema realización de nuestra cultura, en su avance a la perfección. Por dicha razón, el estudio de Retamal se plantea analizar la evolución del pensamiento occidental teniendo a esta "Verdad" como punto de referencia, y cómo occidente ha perdido el rumbo cuando decidió separar la Fe de la Razón. Pero como Retamal discrepa de la visión clásica de periodificación histórica que tiende a dividir la historia en "Antigua / Media / Moderna / Contemporánea", adopta una nueva terminología que busca privilegiar a la época que él considera la más sobresaliente: la Edad Media. Dicho sea de paso, aquí Retamal critica un tradicional sistema de periodificación histórica por considerar que ésta denigra y ataca a una época determinada; adoptando otra que, a su vez, ensalza una época en particular, para denigrar a las otras que vienen a continuación.

Así, la Edad Media pasa a llamarse "la Epoca de la Unidad de la Verdad", que abarcaría de los siglos IX al XVI, aunque sus momentos de auge serían del siglo XI al XIII. En esta época se establecieron ciertos símbolos tales como el ideal monástico, la eclosión de las escuelas, la unidad católica, los combates contra "infieles", las peregrinaciones, Cruzadas y las conversiones a la fe católica. Para lograr dichas metas, fue necesario que la Fe y la Razón se convirtieran en instrumentos para llegar a la "Verdad", proceso que Retamal resume y justifica a partir de dos principios: primero, hay que creer; segundo, hay que comprender. Fue por dicha razón que la teología terminó transformándose en una "Verdad superior" dominante de las otras "verdades" menores que estaban subordinadas a ella. La filosofía pasaba a convertirse en sierva de la teología porque todo conocimiento, según el autor, dependía del gran concepto divino. En vista de lo anterior, el intelecto no debía cuestionar la fe; sino al revés, y para alcanzar la difusión de dicha "Verdad" era necesaria fundar una institución apropiada: la Universidad.

Esta institución es representada en forma sumamente idealizada por el autor, al considerarla un elemento propio de la cultura occidental y una evolución natural de la escuela catedralicia de los siglos X-XIII. En realidad, la institución universitaria medieval se concibió, por primera vez, también dentro del mundo musulmán, como una sección aledaña a las mezquitas y conocida como la Casa de la Sabiduría. Se fundaron varias de ellas desde Bagdad hasta Al-Andalus, precediendo a las universidades europeas en dos o tres siglos, e influenciando a Europa en época posterior. Después, Retamal llega a denominar esta época universitaria como "la más rica dentro de la especulación metafísica del mundo occidental", puesto que la escolástica inundó todos los ámbitos del saber. No obstante, pese a las críticas de peso que se podría hacer a su postura, el autor se apresura en asegurar que esto no era signo de "oscurantismo" o control religioso sobre otros campos, como el de la medicina, sino una muestra de cómo la sociedad occidental de la Edad Media privilegiaba el ámbito religioso por cuanto "no fue una religiosidad oscurantista o estrecha la que provocó el atraso de la medicina, sino la concentración en la búsqueda espiritual". Bajo ese punto de vista, persiste en Retamal la convicción que en la Edad Media nunca existió oscurantismo, ignorancia y fanatismo, sino una fe ciega en "la ciencia de Dios, centro, faro y motor de toda la sociedad". A tal grado que durante la Peste Negra, todo el mundo cristiano "esperaba con serenidad la muerte en el marco de la Cristiandad" (j).

Además, la Iglesia católica ejercía, supuestamente, una influencia benéfica y moderada en otros aspectos de la vida política, tal como fueron las Cruzadas. En este punto, Retamal se explaya a grandes rasgos sobre el carácter de estas empresas, incurriendo en omisiones para sustentar que las Cruzadas respondían, en la época, más bien a un "ideal" y que "todo el mundo cristiano participó en su lucha contra los infieles". En realidad, hoy es difícil de comprender cómo un académico de nuestro medio, en pleno

siglo
casi
cauz
y mu
munc
todo,
Epoc
tama
cism
dian
rapiñ

C
do se
autor
guido
damo
de la
nos q
se ser
todo e
tuales
Consí
de Oc
pués r
Ilustra
cuesti
giría e
la evic
la Uni

Por
corresj
dad, ta
de la é
tivos d
ellos li
suficie
tanto l
circun:
rra" ha
ducto
zar, en
jeron a
mo y n

Por
mal ma
y critic
tos cult
orienta
sión so
las dife

siglo XXI, se atreva a explayarse sobre lo que denomina el "ideal de Cruzada", cuando en la actualidad casi nadie defiende una postura tan sesgada. En efecto, estas empresas de carácter indefinido fueron encauzadas originalmente por una razón religiosa, pero en su actuar derivaron a objetivos más terrenales y muchos menos "ideales". Sorprende que el autor desconozca lo que significó este "ideal" dentro del mundo musulmán —particularmente como una sanguinaria agresión armada sin justificación— y, sobre todo, de los graves efectos que dicho "ideal" produce hasta el día de hoy, como un triste legado de "la Epoca de la Unidad de la Verdad", en la problemática relación entre occidente e islam. Al parecer, Retamal prefirió quedarse pegado en la simple imagen del caballero andante forjada durante el Romanticismo decimonónico; pero esta imagen difícilmente puede contradecir dos siglos de empresas que tendían a justificar o enmascarar las conquistas de tierra, la colonización, la migración o, simplemente la rapiña bajo el pretexto religioso de liberar el Santo Sepulcro.

Continuando con el libro de Retamal, esta "Epoca de la Unidad de la Verdad" entró en crisis cuando se comenzó a cuestionar la unidad de Fe y Razón y comenzó a vérselas como campos diferentes. El autor responsabiliza aquí a algunos personajes como Guillermo de Occam, como también a ciertos seguidores de la orden franciscana por romper con la unidad existente hasta el momento. Ajeno a que podamos concordar con Retamal con dicha acusación, es difícil de aceptar que todo el mundo occidental de la época respondía a un pensamiento único que fue repentinamente destruido, llevándonos poco menos que a la perdición. De partida, habría que preguntarse en qué medida el mundo occidental medieval se sentía partícipe de dicha unidad y cómo les afectó, por ejemplo, el pensamiento de Occam. ¿Acaso todo el mundo europeo de la época estaba al tanto de las vicisitudes filosóficas de unos cuantos intelectuales o filósofos? ¿Puede generalizarse a toda una sociedad por el pensamiento crítico de unos pocos? Consideramos que este quiebre de la unidad pudo ser un rasgo mínimo dentro de la evolución cultural de Occidente, pero Retamal lo destaca como un momento fundamental, porque todo lo que viene después marca el inicio de la decadencia del mundo occidental: Renacimiento, Reforma, Racionalismo, Ilustración, revolución, liberalismo, socialismo, marxismo, etc. Criterio, dicho sea de paso, bastante cuestionable por decir lo menos. Más aún cuando el autor señala que, sólo a partir de este momento, surgiría en occidente la intolerancia, las herejías importantes y el satanismo, aunque podemos indicar que la evidencia histórica nos corroboraría que dichas prácticas ya eran muy comunes en plena "Epoca de la Unidad de la Verdad".

Posteriormente vienen los ataques de Retamal contra todo lo que representa la Reforma protestante, correspondiente al capítulo denominado por él como "Epoca de la Diversidad de la Verdad". En realidad, tanto en este capítulo como en los siguientes, el libro tiende a resumir ideas y autores principales de la época, careciendo de cierta originalidad al respecto. A lo sumo, persisten los comentarios despectivos de Retamal para quienes atentaron contra la supuesta unidad del mundo occidental. Destaca entre ellos la figura de Lutero, aun cuando gran parte de las críticas del autor hacia este personaje carecen de suficiente fundamento. Una perspectiva más histórica sobre la Reforma puede permitirnos observar que tanto Lutero como otros líderes religiosos de la época que atacaron a la Iglesia de Roma, respondían a circunstancias de una época donde la moral y las costumbres de los "representantes de Cristo en la Tierra" habían decaído espiritualmente a un nivel alarmante. En vista de ello, Lutero no fue más que un producto de la decadencia de la propia Iglesia Católica, y gracias a él esta institución pudo volver a encauzar, en parte, su camino. Sorprende, por ello, que Retamal no trate los problemas de fondo que condujeron a la Reforma protestante, prefiriendo señalar que la Reforma fue un mero producto del nominalismo y misticismo desordenado.

Por otro lado, cabe destacar ciertas observaciones particulares sobre algunas ideas del autor. Retamal mantiene sus ideas contra el fenómeno del Renacimiento y su alcance, cuestionando su existencia, y criticando de paso al imperio otomano en los Balcanes, donde "no había posibilidades de florecimientos culturales". Nuevamente sorprende el desconocimiento del autor sobre el legado de esta civilización oriental al mundo de la Europa del este, con una crítica sacada fuera de contexto para mantener su visión sobre la imposibilidad de "renacimientos" como fenómenos culturales. Finalmente, el autor critica las diferentes "verdades" que comenzaron a surgir en diferentes disciplinas a partir del divorcio entre Fe

y Razón, lo que constituye el surgimiento de las ciencias con sus respectivas leyes, separadas de los dogmas de la iglesia. Al mismo tiempo, critica a Hume por atreverse a señalar algo que en el día de hoy es consabido: que humanamente no es posible conocer todo. En realidad, ninguno de los argumentos sostenidos por Retamal puede cuestionar este principio, y tratar de seguir defendiendo actualmente la premisa de "verdades absolutas" o "única verdad" dentro de su "Epoca de la Unidad de la Verdad" carece de sentido y lógica, pues cae por su propio peso: simplemente porque no se puede probar su existencia dentro de la historia.

El siguiente capítulo, la "Epoca de la Imposibilidad de la Verdad", abarca de preferencia el periodo contemporáneo. Aquí Retamal la emprende contra la ideología. Sostiene que, como no se puede obtener una "verdad única" y absoluta, el mundo occidental recurrió a los "ideólogos" o "iluminados". De allí sus prejuicios y ataques a ciertas ideologías radicalmente opuestas a su visión conservadora católica, en particular la de Karl Marx, aun cuando sus críticas a dicha ideología, y a los totalitarismos que surgieron con él, marcan mucha semejanza en lo que respecta a sus propias ideas extremas y totalitarias. En realidad, pensamos que tanto Retamal como los historiadores marxistas ortodoxos caen dentro de las mismas falencias en lo que respecta a defender supuestas "verdades únicas" o "absolutas" dentro de sus respectivos pensamientos. Posteriormente, Retamal considera que la expansión colonialista europea del siglo XIX respondió a las expectativas forjadas en una época que había olvidado su espiritualidad medieval en desmedro del aprovechamiento económico y político, a diferencia de lo que habría sucedido, según este autor, con la conquista española de América donde el español venía imbuido en la mentalidad del cruzado, con una espada en una mano y la Biblia en la otra, para convertir a los nativos a la "verdadera Fe" (¡).

No obstante, en el día de hoy se asume que la conquista española no fue precisamente "buena" para los diversos pueblos aborígenes quienes, hasta hoy, se resisten a ser "occidentalizados" y claman por lo arrebatado a través de siglos de explotación. Sin embargo, Retamal prefiere insistir que los países y pueblos colonizados sólo conocieron rasgos negativos del occidente decimonónico, porque esta cultura ya no creía en nada salvo en las ganancias económicas, como si esta conquista hubiese sido muy diferente a si hubiera ocurrido durante el siglo XI o XII. Al parecer, el autor prefiere ignorar que también en su "Epoca de la Unidad de la Verdad" existió el aprovechamiento económico, el dominio político, el escepticismo religioso, la indiferencia cultural y la relatividad de la Verdad. Las Cruzadas, insistimos, fueron un claro reflejo de ello. No está demás señalar que la brutalidad atómica también tuvo sus paralelos en la brutalidad medieval, y de ello son precisamente testigos los musulmanes. No obstante, Retamal continúa con su visión: que a partir del siglo XIX el mundo occidental entró en la verdadera "Edad Media" con oscurantismo espiritual, desprecio del ser, negación de lo trascendente, materialismo, ateísmo, etc. A las universidades, por otro lado, hasta hoy sólo les preocupan la especialización y la búsqueda de "verdades relativas", lo que para Retamal es signo de "decadencia" porque las ciencias sólo pueden desarrollar un conjunto de hipótesis de valor relativo y no absoluto como en la Edad Media. Aunque ahí es donde podríamos preguntarnos qué clase de conocimientos hubiesen sido posibles mediante dicha práctica, y si las disciplinas, que han permitido ampliar el conocimiento humano en los más variados campos, pudieran haber surgido en un mundo regido por la Verdad defendida por este autor.

El capítulo final incorporado por Retamal es denominado la "Epoca de la Verdad Indeseable", donde persiste en ciertas ideas del capítulo anterior, particularmente en lo que respecta a la ideología en nuestro siglo, como uno de los resultados más nefastos del quiebre en la unidad de la verdad; por cuanto las "verdades" defendidas por las diferentes ideologías nos han llevado a la crisis actual. No obstante, gran parte de este capítulo se aleja de la temática central para caer más bien en creencias personales del autor, en una forma un tanto desordenada. Llega, por ejemplo, a afirmar que Cristo no puede ser arrastrado a la arena ideológica; pero, al mismo tiempo, sostiene –según su visión de católico conservador– que Cristo jamás fue un revolucionario. Cabe preguntarnos, entonces, por qué sufrió una pena capital romana otorgada sólo a los revolucionarios y subversivos que atentaban contra el orden imperial romano; más aún, cuando Jesús fue ejecutado como rebelde que pretendía arrogarse la dignidad real de Mesías. Por otro lado, arrecian las críticas de Retamal contra el marxismo como una ideología ampara-

da c
gior
rio
plar
la V
corr
mec
el p
sión
sent
la h
en r
amb
ha si
pó d
F
espir
espir
do p
tos g
porq
que e
vicci
los ej
ideas
fiele
existi
Iglesi
cuant
la Tie
Ei
prime
la Ed
ment
es pre
cuars
dicho
creia
so na
camb
niños
homb
ciden
Pa
metáf
en su
ble, si
tamal
en po

da en el terror policial, la imposición violenta, la eliminación de toda oposición, la destrucción de religiones y filosofías, la formación de un Estado omnipresente, omnicompreensivo, omnisciente, beneficiario y que controla la vida de sus súbditos. La pregunta que necesariamente queda flotando ante dicho planteamiento es: ¿y qué fue lo que hizo el mundo cristiano durante la famosa "Época de la Unidad de la Verdad"? En mayor o menor medida: lo mismo. Y, precisamente, las mayores atrocidades que se han cometido en la historia se han debido principalmente por tratar de defender una verdad propia en desmedro de la de otros. Ello fue lo que acertadamente el Premio Nobel de Física, Max Born, señala y que el propio Retamal critica (j): "La creencia de que sólo hay una verdad y que uno mismo está en posesión de ella me parece que es la más profunda raíz de todo lo que es maligno en el mundo". En dicho sentido, por Dios, la patria o la revolución se han cometido las peores tropelías que han avergonzado a la humanidad hasta nuestros días. Por lo tanto, Retamal equivoca aquí el camino—como en toda su obra, en realidad—al creer que existen diferencias radicales entre "religión" e "ideología", cuando, en verdad, ambas coinciden en muchos puntos. De allí que en diferentes épocas de la historia, la religión siempre ha sido un instrumento ideológico útil para quienes ejercen la autoridad. Y el mundo cristiano no escapó de ello.

Pero otro punto que llega a ser irrisorio cuando menos, es el planteamiento del autor de volver a la espiritualidad del pasado, particularmente durante la "Época de la Unidad de la Verdad", como si dicha espiritualidad haya sido la mejor. De allí que el mundo occidental, según Retamal, debiera seguir regido por la dirección de la Iglesia Católica antes del Concilio Vaticano II, con sus misas en latín, sus cantos gregorianos, sus ritos "no reformados", etc. De paso mantiene su crítica al pluralismo y al diálogo porque éste entorpece toda posibilidad de gobernar y ordenar una sociedad o disciplina. Pero reconoce que es factible un pluralismo "correcto" que consiste en vivir de acuerdo a las propias creencias y convicciones y no interferir con las de los demás, "respetando y exigiendo respeto". En realidad, basta leer los epítetos usados reiteradamente por el propio Retamal en su libro para quienes no comulguen con sus ideas: "aberraciones intelectuales", "engendros", "intelectualoides", "entelequias", "marxistoides", "infieles", "especies inferiores", y un largo etcétera, como para darse cuenta del nivel de "tolerancia" que existiría en el mundo occidental a partir de ello. Basta agregar la crítica que Retamal hace a la propia Iglesia Católica por haberse atrevido a pedir disculpas a otros pueblos por los errores del pasado, por cuanto el autor parece creer que dichas disculpas sólo menoscabarían el rol del representante de Dios en la Tierra (j).

En resumen, Retamal parece desconocer, a lo largo de su obra, dos alcances de carácter histórico. El primero de ellos es recoger el pensamiento del gran medievalista francés George Duby, en el sentido que la Edad Media no fue, ciertamente, oscura—como ha persistido en la mentalidad común—pero, obviamente, tampoco fue dorada como lo presenta Retamal. El otro alcance es que toda cultura o civilización es producto de mezcla, gestación, expansión y crisis. Históricamente algunas culturas que no logran adecuarse a los cambios del medio, o al choque con otras culturas, se ven obligadas a mutar o adaptarse a dichos cambios. De lo contrario desaparece. En los comienzos del mundo occidental, efectivamente se creía que a partir de la fe era posible entender y comprender todo, pero llegó un momento, como proceso natural, que dejó de ofrecer respuestas satisfactorias a las necesidades del momento y fue necesario cambiar de rumbo. Ello no vuelve inferior a una cultura, sólo la adapta a nuevas necesidades. Cuando niños, pensábamos y actuábamos como niños; cuando somos hombres, actuamos y pensamos como hombres. Y este paralelo es notorio si consideramos que la Edad Media sigue siendo la infancia de occidente.

Para concluir esta reseña, consideramos que *Y después de occidente, ¿qué?* se asemeja mucho a la metáfora bíblica del idolo de pies de barro: una obra vetusta que aparenta solidez y totalidad, pero que en su amalgama doctrinal se encuentran múltiples ripios que hacen de su base no solamente cuestionable, sino carente de solidez. En otras palabras, pensamos que la mejor frase para resumir el libro de Retamal puede ser extraída de una cita del escritor español Camilo José Cela: "Lo malo de quienes se creen en posesión de la verdad es que cuando tienen que demostrarlo no aciertan ni una".